

PERSONAJES DE LA SIERRA TEPEHUANA

*Chantal Craunaussel*¹

Revista de Historia de la UJED, 5, enero-diciembre, 2013. ISSN: 2007-3852



¹ Investigadora de El Colegio de Michoacán, A.C.

DON JOSÉ INÉS RAMOS CEPEDA, EL HOMBRE QUE LUCHÓ CON ÉXITO POR MILPILLAS EN LOS AÑOS SETENTA¹

Don Inés Ramos vive en El Capomal, en la barranca del río San Diego. A su rancho sólo conducen empinadas veredas, es forzoso llegar a pie o en mula a ese lugar porque se desbarrancan los caballos en ese tipo de terrenos. El Capomal es parte del anexo de la Yerbabuena que pertenece a San Bernardino de Milpillas Chico, Municipio de Pueblo Nuevo, en la sierra Tepehuana del estado de Durango.

Don Inés nació en 1942 en Pericos, donde se habían refugiado sus padres huyendo de la guerra cristera, en la que los revolucionarios (es decir los cristeros) bajo el mando de Valente Acebedo se llevaban a la fuerza a todos los hombres capaces de pelear. De hecho, su padre había sido reclutado de esa forma pero escapó a tiempo antes del combate de La Rosilla, cerca de Pueblo Nuevo, donde murieron muchos hombres.

Don Inés Ramos volvió con su familia a San Bernardino que había sido abandonado durante la guerra y se repobló en los años cuarenta. A la edad de ocho o nueve años, con muchas dificultades cursó los tres primeros años de primaria. Al mismo tiempo que a leer, escribir y contar aprendió el español que leía en voz alta para poder memorizar las palabras más rápido. Los maestros llegaban caminando a San Bernardino desde El Salto o Durango (a cuatro días de distancia), porque no había carretera, pero sólo se quedaban dos semanas y luego tardaban un mes en volver.

El "Comité Estatal de Alfabetización" nombró a don Inés maestro alfabetizador en la Yerbabuena. Sucedió a don Evaristo aunque ambos estuvieron un tiempo enseñando juntos a los niños de aquel anexo de Milpillas. Todos los alumnos eran "poblanitos" (es decir indígenas) y además de las letras y de las cifras tenían que aprender el español, "no sabían hablar en castilla". Don Inés se fue a pie a Huajicori, a tres días de distancia para comprar en Acajoneta un diccionario como material de apoyo para sus clases. Conocía el camino porque a Acajoneta iban antes por la sal que se recogía libremente en la costa. A los 23 años conoció

1 Esta biografía es resultado de unas entrevistas hechas a don Inés en El Capomal en junio de 2013. Me acompañaba Gerardo Bañales, de la Universidad Juárez del estado de Durango, el cual está a cargo de la catalogación del archivo histórico de Milpillas, para la cual tenemos el apoyo del Colegio de Michoacán, de ADABI, de la Universidad Juárez del Estado de Durango y de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos indígenas. Nos llevó a La Cumbre el Ing. Vera, director del centro coordinador de San Bernardino de Milpillas de la CDI, a quien agradecemos mucho por su colaboración. No pudimos regresar el mismo día del Capomal por el cansancio que significó bajar hasta allá. Doy a las gracias a don Inés por su hospitalidad y a la familia de don Próspero Ramos la cual me prestó una mula que muy gentilmente fue a buscar Gerardo Bañales para facilitarnos el regreso. Tuvo la amabilidad de guiarnos don Miguel Aragón, juez de La Cumbre en 2013, y de regreso nos asesoraron en el camino los sobrinos de don Próspero Ramos.

2 Manuel Sandoval, estudiante de la Escuela de Historia y de Antropología del Norte de México, en la ciudad de Chihuahua, Chih. está realizando bajo mi dirección su tesis de licenciatura sobre la constitución de la empresa forestal. La información que ha reunido a la fecha es ya mucho mayor a la presentada aquí. En la presente biografía me limito a proporcionar los datos que me dio don Inés Ramos.

en Milpillas a un cura llamado Pedro, el cual quiso llevárselo a México para que allá enseñara el tepehuán, quizá en el seminario, pero sus padres no le dieron permiso porque el Distrito Federal estaba demasiado lejos. Con ese apoyo, confiesa con algo de amargura y sentido del humor que hubiera podido ser tal vez un nuevo Benito Juárez.

Después anduvo viajando hacia el Norte, trabajando en los campos de chile y de tomate en Baja California. Hasta que lo mandó llamar su abuelo materno Luis Cepeda para que juntos trabajaran en la barranca, quemando los coamiles y sembrando con estaca como se hace siempre en esa región. En la barranca estaba antes la riqueza porque hay agua y todo se da. Iban a vender mucha fruta a Durango pero también llegaban los comerciantes “santiagueros” (de Santiago Bayacora, ahora en las goteras de la ciudad de Durango) para comprarles directamente la producción y venderla en la capital estatal. En esos tiempos había abundancia de comida en la región.

Don Inés era un hombre inquieto que fue elegido como gobernador tradicional sin haber obtenido antes otros cargos, como normalmente sucede. La gente depositó en él su confianza y lo mandaron llamar “los señores” (es decir el consejo de ancianos) para que ocupara el puesto. A don Inés lo indignaba la manera como la empresa forestal de los Rosas aprovechaba el bosque y no les daban suficientes utilidades a los milpilleros que eran sus legítimos dueños. Sólo entregaban a cada comunero de 50 a 100 pesos por trimestre. La empresa había firmado con la comunidad de Milpillas un contrato por 50 años, sin necesidad de presentar cuentas de la riqueza forestal extraída. La comunidad trató de revocar el contrato sin éxito en Durango, donde nadie les hacía caso.²

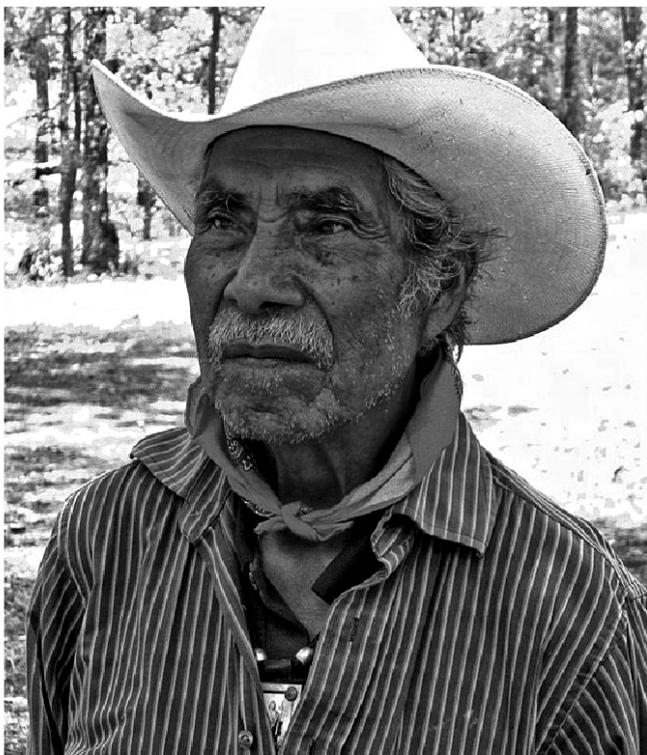
Hasta que doce hombres valientes entre los cuales se encontraba don Inés, decidieron irse a México para gestionar la expropiación de la compañía. Sin embargo había muy fuertes intereses de por medio. Los Rosas, quienes eran los dueños de la compañía forestal estaban entre los empresarios más poderosos de Durango y los defendía el Lic. Víctor Manuel Cano. En la capital del estado, no encontraron quien se atreviera a oponerse a ellos. Para los milpilleros no había más que una solución: seguir con la lucha en el Distrito Federal. Y se fueron hasta allá en 1970.

Primero les entregó una carta de presentación Pedro Hernández Valdés, el presidente municipal de El Salto. Cuando la lucha estaba en su punto más álgido, en venganza, la judicial apresó a este último después de que le dejara marihuana en su camioneta. Pero los amigos de los milpilleros que estaban ya en México lograron liberarlo a los pocos días.

En la ciudad de México, los doce hombres decididos que formaban parte de la comisión obtuvieron el apoyo incondicional de un licenciado cora llamado Miguel Arbizo Tiznado quien tenía vínculos con la brigada

agraria de Tepic. La lucha duró seis años, y durante año y medio seguido tuvo que permanecer don Inés en la capital federal. Los milpilleros fueron tocando todas las puertas, estuvieron días enteros esperando en oficinas de muchas Secretarías, hasta que finalmente se les dio la razón en la presidencia de la república (en ese tiempo estaba Luis Echeverría de presidente)

Durante todos esos años tuvieron que sobrevivir en México sin que les ganara la desesperación. Se hicieron de una casa por el rumbo de Milpa Alta, cerca de Xochimilco, donde se divisaban los volcanes. Esta casa estaba lejos de todo, desde la carretera de Milpa Alta tenían que caminar. Para ir al centro de la ciudad tomaban el camión de La Merced. Trabajaron de albañiles y haciendo ladrillos, les pagaban entonces 30 pesos al día. El Lic. Arbizo, les daba medio costal de frijol cada mes, y fue con frijol y tortillas que se



mantuvieron en México. También regaban una huerta cercana de nopales para poder subsistir.

De Milpillas les mandaban algo de apoyo. Don Próspero, el hermano menor de don Inés, recolectaba dinero entre los habitantes de la comunidad y levantaba firmas de apoyo y a escondidas. Luego llevaba la ayuda y las firmas a México.

Todos los de la comisión así como la gente que la amparaba estaban bajo amenaza de muerte. De hecho mataron a Alcarío Rojas Hernández quien reunía firmas al igual que don Próspero. El gobernador tradicional de Milpillas mandó al capitán (cargo tradicional) a que lo apresara, tras una denuncia. Lo encontraron en la barranca y lo amarraron pero en el Tásbate de la Yerbabuena se dice que trató de huir y lo mataron. De hecho, pocos eran los milpilleros que estaban auxiliando a los que luchaban por la vía legal en la capital federal. Además el licenciado de la compañía incitaba a los demás comuneros a la violencia y les decía que lo que querían los revoltosos que estaban en México era formar un ejido que se segregara de la comunidad de Milpillas. Sin embargo no convenció a todos con esas mentiras, una minoría de habitantes de San Bernardino, del Llano y del Capomal seguían apoyando la causa que defendía don Inés y sus compañeros. Pero la extraordinaria lentitud del proceso desalentó sin duda a muchos.

En 1976, una vez la lucha legal ganada hubo que tomar las instalaciones de Maíz Gordo, el aserradero más importante de los Rosas. Para que se reuniera la gente don Inés fue a Tepic donde se anunció la toma planeada en la radio que todo el mundo escuchaba en Milpillas. Fue el Lic. Arbizo el que lo había mandado a la capital del estado de Nayarit; para ello tuvo que cambiar de autobús en Guadalajara que no conocía y después todavía encontrar la emisora que se ubicaba “por donde sale el sol” en Tepic. Pero llegó y cumplió con su cometido. Para entonces se había convocado a los gobernadores de Nayarit y de Durango en la sierra y se posicionaron también varios destacamentos de soldados para asegurar la expropiación de la compañía. Allí estaba también el Lic. Cano, impotente ante las fuerzas desplegadas, recibió insultos sin chistar por parte de los milpilleros vencedores.

Se conformó entonces la empresa y se depositaron las ganancias en el banco pero durante mucho tiempo sólo existió la mesa directiva y tardaron en nombrar a un comisariado. Les asesoró el

Ing. León, quien era jefe de zona y provenía de México. Le había encargado mucho el Lic. Arbizo que no fuera “centavero”, es decir que no se dejara corromper.

En 1976, don Guillermo Galindo le dio trabajo de velador a don Inés Ramos. Se le hacía fácil la vida en la ciudad donde todos los comestibles se pueden comprar en las tiendas. Residió así muchos años en la ciudad de Durango, hasta que volvió a la barranca.

Don Inés se casó a los 27 años con la Sra. Angelina Cano Bautista la cual era unos años menor que él y había nacido en Guajolotes, arriba del Capomal, en el anexo de La Yerbabuena. Don Inés Ramos afirma que la gente de antes se unía en matrimonio “más maciza”, a una edad mayor a la acostumbrada actualmente, los hombres de los 25 años en adelante. Tuvo ocho hijos (seis mujeres y dos varones); todos ellos siguen viviendo con sus respectivas familias en la barranca del río San Diego menos su hijo Ignacio, el cual reside en San Bernardino y, entre otras cosas, compone televisiones sin haber recibido una formación previa para ello.

Ahora don Inés es viudo y está tratando de arreglar su pensión. Vive con su familia, tres de sus hijas y sus nietos en una casa humilde y aislada en el Capomal, a una hora a pie de donde vive su hermano don Próspero. En un paisaje extraordinario donde nunca falta el agua. Sigue trabajando y sube a La Cumbre cada vez que se necesita, el recorrido es de dos horas por senderos muy pedregosos que solamente la gente de por allá puede tomar sin caerse ni cansarse demasiado. Los demás tardan tres veces más o no llegan. Don Inés baja a los coamiles, a la huerta o a cuidar sus vacas todos los días.

La esposa de don Inés no hablaba el tepehuán y no pudo transmitir la lengua a sus hijos. Don Inés les habla sin embargo a sus nietos en tepehuán, lo entienden pero le contestan en español. Ha visto a lo largo de su existencia cómo se transformó toda la vida en la sierra. Trata sin embargo de seguir con el costumbre así como todos los hombres mayores de la comunidad. Atribuye como muchos la falta de apego a las tradiciones a la sequía de la que han sido víctimas en las últimas décadas.

Don Inés Ramos Cepeda es el último sobreviviente de la comisión que fue a México aunque don José Mallorquín (un hijo de este último fue gobernador de Milpillas en 2013) también participó en las negociaciones finales. En su casa don Inés tiene la ley del

Trabajo, la ley de Reforma Agraria, los procedimientos penales y la constitución mexicana. Con esos libros dice haber comprendido y aprendido mucho acerca de México. Los compró en el Distrito Federal después de preguntarles a los licenciados qué era lo que ellos tenían que saber. Le hubiera gustado sin duda ser abogado pero el destino no se lo permitió. Y magra recompensa obtuvo de esos años de lucha durante los cuales dejó a sus hijos y a su familia en beneficio de la comunidad que no siempre estuvo de su lado. Ahora fueron 6,000 pesos los que cobraron los comuneros en febrero y en julio de 2013. Una diferencia sin duda notable en comparación con las migajas que obtenían de los Rosas.